



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 28.

JUEVES 18 DE SETIEMBRE DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 30 rs.

SUMARIO.

EL TEATRO DE SANTA CRUZ EN BARCELONA, por J. P.—SOR MARTA MARIA: historia holandesa. (Continuacion).—LA CIUDAD DE BOSTON.—EL CAPITAN ANTONIO DE LEIVA.—LOS MONOS SAGÜINOS.—MODAS Y CONVERSACIONES DE SALON, por Adela.—SUSPIROS DE AMOR: balada, por Benito Vicetto.—EL VENENO DE LOS SALVAJES.—LA IGLESIA DE LA MAGDALENA EN PARIS.—CANTARES, por Augusto Ferran.—NOTICIAS Y CURIOSIDADES: periódicos que se publican en la Union.—Productos de la Servia.—Estadística de los Estados- Unidos.

EL TEATRO DE SANTA CRUZ

EN BARCELONA.

Sabido es que las representaciones escénicas traen origen de los misterios, autos, pasos, moralidades y otras farsas pseudo-religiosas que se hacian en los templos por el clero, al objeto de mostrar de un modo palpable al grosero vulgo de la edad media, los principales asuntos de la historia sagrada, en sus respectivas solemnidades.

«Representaciones hay, dice la ley 34, tít. 6.º, Partida 1.ª, que pueden los clérigos hacer, así como de la Nascencia de Nuestro Señor Jesucristo, en que muestra como el ángel vino á los pastores, e como les dijo como era Jesucristo nacido. E otro sí de su aparicion, como los tres reyes magos lo vinieron á adorar. E de su Resurreccion, que muestra que fué crucificado e resucitó al tercero dia.

Sin embargo, de esta misma ley se arguye que ya entonces habia otra clase de representaciones, pues veda á dichos clérigos hacerlas en las aldeas y en los lugares viles ó por ganar dinero con ellas, y el que hagan juegos, descarnios para que los vengan á ver gentes como se hacen. «E si otros omes los ficieren, añade, non deven (aquellos) y venir, porque facen y muchas villanias é desasposturas; nin deven otro sí estas cosas facen en las iglesias, antes dezimos que los deven echar dellas desonradamente á los que ficieren.»

Resulta pues, que en el siglo XIII, habia

entre nosotros quien representaba farsas profanas al objeto de ganar dinero: es verdad que en Italia se conocian y ejecutaban desde el siglo anterior. El poeta mo sen Jaime Roig valenciano, hácia 1460, liablan de *comediades* (funciones cómicas), y en una pragmática sobre trages de doña Juana la Loca y don Felipe I, año de 1434, se espresan *comedias* y *cómicos*. De 1495 es la conocida *tragi-comedia* de Calisto y Melibea, anterior á la cual, Moratin en sus Orígenes del teatro, cita la *comedia alegórica* de don Enrique de Aragon, marqués de Villena, año 1414, y algunas otras. Los provenzales desde el siglo XIV, en sus Cortes y certámenes poéticos, declamaban piezas dialogadas, que pueden considerarse como origen genuino de las producciones poco mas lineadas con que los Cotas, Encinas, Roelas y Fimonedas echaron poco despues los cimientos del teatro español.

Al principio habia solo seis compañías autorizadas de representantes, pero luego se aumentaron á doce, entre ellas las llamadas *ñaque*, *garnacha*, *gangarilla*, *combaleo*, *bululú*, *farándula*, *bogiganga*, etc.; algunas mencionadas por Cervantes en sus obras. En 1632 pasaban de cuarenta, habiéndose aumentado considerablemente á fin de sostener los hospitales, que segun trazas gozaban la privativa de asignar local y permiso á los cómicos para sus funciones, percibiendo de ellos en cambio cierto estipendio; «de suerte, dice un autor digno de crédito, que en el reinado de Felipe IV no habia ciudad ni villa que no tuviese su compañía de farsantes, mediante arriendo.

El hospital de Madrid poseia al efecto dos *corrales*, llamados del *Principe* y de la *Cruz*, donde con las graves e-cenas de la Pasion, las églogas bucólicas y las farsas dramáticas, alternaban luchas de fieras y juegos de saltinbanquis. Quevedo dice festivamente de los histriones de su tiempo, que ninguno dejaba de tener su farsa de moros y cristianos. Entonces las funciones empezaban á las dos de la tarde

en invierno, y á los tres en verano, como las corridas de toros, al objeto de que no concluyeran de noche, y el precio se reducía á uno ó dos cuartos por entrada y á cuatro ó seis por localidad.

Tambien el hospital de Santa Cruz de Barcelona, á 30 de abril de 1579, por decreto de don Fernando de Toledo, virey á la sazón de la ciudad; consiguió autorizacion para monopolizar las representaciones escénicas, á cuyo decreto el rey don Felipe II, en julio de 1587 y despues don Carlos III el año 1771, dieron su superior sancion, permitiendo las funciones declamadas con música.

Es de saber que la música de aquel tiempo y aun de mucho posterior, hasta comienzos del siglo XVIII, se reducía en nuestros teatros á las seguidillas acompañadas de guitarra, y á toscos zurcidos cantables para cuatro voces, dichas *zarzuelas*, del lugar donde se ejecutaban. Solo en Italia á mediados del siglo XVI, Cicognini con su *fason*, empezó á dar alguna idea de la verdadera ópera. Barcelona representó una el dia 2 de agosto de 1708 en presencia y para celebrar el enlace de los archiduques don Carlos de Austria y doña Isabel Cristina, princesa de Brunswick-Volfteubastel. Aunque no se cantó en el teatro, este merece la gloria de haber introducido y aclimatado semejantes espectáculos en nuestro país, toda vez que á mitad de aquel siglo ya tenia ajustadas compañías líricas que formaron la educacion de nuestro público apasionadamente filarmónico, con los ensayos de Piccini, Sor y otros maestros nacionales ó extranjeros, haciéndonos sucesivamente conocer las creaciones de los génius mas inspirados, bajo la hábil interpretacion de artistas como la Rossi, Bordogui, Vaccani, Badiali, etc., etc.

Aunque no muy capaz, el teatro barcelonés distó en su origen de tener las proporciones y circunstancias que ahora. Un simple andamio de tablas en mitad de un huerto, hé aquí el primer escenario que servia para las funciones representadas en su solar. Antes de 1596 dá-

balas el hospital administrador en su aposento ó departamento de su propia casa; pero siendo local reducido, determinó trasladarlas al indicado huerto y edificio que por dejación de Juan Boscheu 1560) adquirió en la Rambla, esquina á la calle de Treinta Claus donde ahora está el teatro. Fue despues levantándolo con alguna regularidad y desahogo, gracias á sucesivas adquisiciones de terrenos, y en el siglo XVII la capital del principado tenia el mejor coliseo de España. Por desgracia un accidente casual lo hizo víctima de las llamas en la noche del 27 de octubre de 1787, si bien su desaparición fue momentánea, pues renació mejorado al año justo, llevada á cabo su reedificación en el breve espacio de seis meses, de suerte que el día 4 de noviembre de 1788 volvió á inaugurarse con una función espléndida en celebridad de los días de S. M. el rey.

La disposición interior es bastantante regular aunque nada ofrece notable. En ella y en las dependencias accesorias que realmente eran mezquinas, así como en el exterior, se han verificado de pocos años acá ciertas innovaciones que nos atrevemos á calificar de mejoras, pues to que en dictámen de personas entendidas han sido trabajo mal empleado. Su actual fachada, que á beneficio de la fotografía reproducimos en este número, es lo que revelando mas pretensiones ha sido objeto de mayores y mas justas censuras. Nada diremos del defecto capital de su convexidad, hijo de raquíca especulación, que en condiciones regulares bastaria por sí solo á destruir el efecto armónico del conjunto. Hay sin embargo detalles imitados ó copiados de otros que ofrecen gracia y buen modelado, pero es inoportuna su colocación, recargando la obra en vez de lucirla. Nada mas ridículo que esas leoneras de la parte inferior, destinadas al despacho de billetes, cobijadas por unos bustos que segun los rótulos respectivos figuran á Maíquez, Prieto, la Malibran y Cailon, grandes artistas allí reducidos al papel mas grotesco de su carrera que es gesticar á los transeuntes. Ni mas propiedad se advierte en los trofeos que con los retratos de Lope, Calderon, García y Requeno embarazan el inútil balcón central, en los intersticios de las desmedidas arcadas que sirven solo de marco á un feo encastillado de tabiques. El átrio podria tolerarse si entre la ornamentación de su remate (al cual sea de paso dicho, por ser de barro, se ha desmoronado ya) y la del reloj de en medio, hubiese mas armonía con los diminutos bajo-relieves de ambos lados.

En suma, esta obra llena bien poco las condiciones estéticas, y la *culta* Barcelona tiene con ella tristísima compensación por otras muchas y considerables de mejores tiempos, que con sentimiento ve desaparecer diariamente. ¿Qué diremos á la posteridad, cuando nos demande cuenta de las transformaciones operadas, precisamente durante el siglo de las luces, en la famosa ciudad Condal tan admirada de los extranjeros por sus monumentos?

J. P.

SOR MARTA MARÍA.

HISTORIA HOLANDESA.

(CONTINUACION.)

Mr. Van Amberg soltó una bocanada de humo, se recostó bien en su butaca y no respondió.

—Cárlos, te conozco como á mí mismo,—respondió pausadamente Guillermo;—aunque Dios nos haya hecho diferentes, leo en tu corazón, hermano mio. Cuando no quisiste permanecer en la casa paterna, no dije nada, porque conocí que tenias ambición, y cuando se nace con esa desgracia ó esa fortuna, hay que hacer lo mismo que los pájaros que tienen alas para elevarse; te fuiste á buscar fortuna, te di la mano viéndote alejar sin reprenderte, porque no entra en mis ideas el oponerme á

que cada cual sea dichoso á su manera: cuando despues de haber ganado mucho dinero dándome á mí mas de lo que necesitaba, me dijiste «quiero mas aun,» te respondí «enhorabuena» porque no puede haber cosa mas laudable que la de enriquecerse por medio del trabajo; á tí te gustaba esto, yo por el contrario, preferia mi sosiego y mi patria, mi bienestar sin ostentación, ambos éramos libres. Volviste casado, Cárlos, y no aprobé tu casamiento, porque es mas prudente elegir una compañera nacida en el rincón de tierra donde se han de acabar los días, que el ir á buscar en climas diferentes, y además me parece que es dar una prueba de tener sobrada confianza en uno mismo el encargarse por sí solo de la felicidad de ambos. ¡La felicidad se compone de tantas cosas! Unas veces es un átomo imperceptible que sirve luego de base á un grande edificio; á mí no me gustan las esperiencias orgullosas hechas sobre el corazón de los demás. En pocas palabras, te casaste con una extranjera que se muere de frio aquí, y que, en medio de nuestras nieblas echa de menos el ardiente sol de su España; pero aun cometiste otra falta mayor... perdóname, hermano mio; mas voy á hablarte de esto por última vez, y quiero hacerlo detenidamente y con sosiego.

—Os escucho, Guillermo: sois mi hermano mayor.

—Gracias por tu paciencia, Cárlos; te casaste con una mujer jóven á la edad en que tú ya no lo eras. Tu comercio te condujo á España: te encontraste con un señor español medio arruinado y le prestaste un gran servicio; siempre fuiste generoso en punto á dinero, Cárlos, y la riqueza no te enseñó á cerrar la mano para conservar lo que habia en ella, pero ese hombre tenia una hija, una hermosa niña de quince años, y á pesar de tu indiferencia aparente, su hermosura te interesó y la pediste á su padre, sin pensar mas que en una cosa, en que la hacias rica, cuando ella no lo era. Negártela habria sido ser ingrato con un bienhechor. Su padre te la dió, y tú la tomaste, hermano mio... Sin mirarla con bastante atención para ver si su rostro estaba alegre, sin preguntar á esa niña si te seguia con gusto, y sin interrogar su corazón. En ese país las pasiones se avivan muy temprano... acaso ella dejaba allí algunos sueños de la juventud... algun primer afecto... Perdóname, hermano mio, es un asunto muy difícil de tratar.

—Pues dejémosle Guillermo,—interrumpió friamente Mr. Van Amberg.

—Sea así, pasemos á otro. Volviste aquí, y como tus negocios exigian aun largos viajes, me confiaste á Anunciación, que pasó muchos años conmigo en esta casa. Cárlos, la juventud de esta mujer ha sido triste: ha vivido sin placeres, sin distracciones, aislada y silenciosa. Tus dos hijas mayores, que son ahora la alegría de nuestra casa, estaban entonces en la cuna; todavía no sabian responder á su madre. En mí solo consistian las únicas relaciones de esa mujer bella y jóven, y yo que me conozco bien, te aseguro que mi compañía era bien triste y monótona. Soy un hombre honrado, sensato, leal, bueno y sencillo; pero nada sé y no he amado nunca, por lo cual no sé adivinar nada; me gusta la tranquilidad, mi sillón, mis libros y mi pipa. Al principio creí sencillamente, porque esto me lisonjeaba, que Anunciación se me parecia, y que viviendo cómodamente y con sosiego seria feliz como yo; pero al fin llegué á comprender bien tarde, lo confieso, y temo, Cárlos, que tú no hayas hecho otro tanto, que esta mujer no habia nacido para estar á la cabeza de una casa holandesa. Primero, el clima le oprimia el corazón: siempre me preguntaba si vendrian veranos mejores é inviernos menos crudos, si las nieblas durarian tanto todos los años, y yo la respondia: «No, este año es muy malo,» pero mentia porque todos los inviernos son iguales. Procuró cantar algunas canciones de Sevilla; pero pronto dejó de hacerlo y se deshacia en lágrimas, porque eso le recordaba demasiado su país. Se quedaba sentada, inmóvil, triste, deseando, como dice

la Biblia, «las alas de la paloma, para volar al cielo!»

Cárlos, triste espectáculo era aquel. Tú no has sabido cuán largas eran aquí las veladas de invierno, en este salón! El día se acababa á las cuatro, y ella trabajaba á la luz del quinqué hasta la hora de acostarse. Yo hacia esfuerzos para hablar, pero ella ignoraba las cosas que yo sabia, y yo ignoraba las que sabia ella, hasta que llegué á conocer que lo que mas le agradaba era el estar sumida en sus meditaciones. Trabajaba ó descansaba, l'oraba ó se quedaba quieta: yo volvía los ojos á otro lado para darle todo lo que dependia de mí, que era un poco de libertad de pensamiento; pero ¡hay! ¡esto era bien poco, Cárlos!

Hubo un instante de silencio: Mr. Van Amberg lo interrumpió, diciendo con una voz severa:

—Mad. Van Amberg estaba en su casa, con sus hijos, bajo la protección de un amigo fiel. Su marido trabajaba á lo lejos para aumentar la riqueza de su familia: ella guardaba la casa para cuidar del bienestar interior y de sus hijos, todo eso no puede ser mas natural.

Y dicho esto llenó su pipa de tabaco.

—Es verdad, Cárlos,—respondió Guillermo,—pero no por eso es menos cierto que ella ha sido muy infeliz: ¿lo era por su causa? Dios solo lo sabe. Dejémosle á Dios, Cárlos, el cuidado de ser justiciero, y seamos caritativos. Durante tu larga ausencia, la casualidad trajo á este país á algunos españoles que Anunciación habia conocido en su infancia, y entre ellos se hallaba el hijo de un antiguo amigo de su padre. ¡Ah! ¡qué felicidad mezclada de emoción experimentó esa pobre criatura al ver á sus compatriotas! ¡Cuántas lágrimas vertió en su alegría!... porque como ya se le habia olvidado estar contenta, todas sus sensaciones la hacian llorar. ¡Con qué placer hablaba y oia hablar la lengua de su país! ¡Creia estar en España! Así pasó algunos días felices, volviendo otra vez al movimiento y á la vida. ¡Es tan dulce encontrar un amigo, y un amigo jóven, cuando uno lo es! Tú fuiste muy cruel, Cárlos, cuando volviste; un día, sin habernos dicho por qué motivo, cerraste bruscamente la puerta á los extranjeros. Dime por qué razón no quisiste que unos compatriotas, que unos compañeros de la infancia viniesen á hablar á tu mujer de su familia, porque has exigido un aislamiento completo y un rompimiento eterno con sus antiguos amigos? Tu mujer te obedeció sin murmurar; pero Cárlos ha sufrido mas de lo que tú piensas. Yo la he estudiado y observado mucho. Despues de esa nueva prueba de tu rigor, está mucho mas triste de lo que estaba antes: en vano fue madre por la tercera vez, la pobre siguió siendo desgraciada; hermano mio, has sido para con ella riguroso y cruel hasta el extremo.

Mr. Van Amberg se habia levantado y se paseaba lentamente por el cuarto.

—¿Habeis acabado ya, Guillermo? Esta conversación es sumamente penosa; dejémosla, hermano mio: no abuseis del derecho que os he acordado de hablarme con toda libertad.

—No, no he terminado todavía lo que te quiero decir. Escúchame, como si nuestro padre te hablase, nuestro padre, que aunque no era mas que un campesino, tenia una rectitud de corazón que hubiera podido aconsejarnos, á pesar de nuestra ciencia y de nuestras bellas maneras. Eres un marido frio y severo, y no es eso todo; eres un padre injusto. A Cristina, tu tercera hija, no le tienes el afecto que á las otras, y con esa desigualdad de amor paternal, acabas de destrozar el corazón de tu pobre mujer. Cristina se parece á su madre; es lo que yo imagino que era tu mujer á quince años, una viva y encantadora española; tiene todos los gustos de su madre; tambien le cuesta trabajo el vivir en nuestro clima, y aunque haya nacido en él, por una rareza de la naturaleza, padece como Anunciación ha padecido. Hermano mio, esa niña no es fácil de educar; tiene un carácter independiente, es apasionada, violenta en todas sus impresiones; necesita el

movimiento y la libertad que está reñida con las costumbres arregladas de nuestra vida, pero tiene un buen corazón, y gracias á esto hubieras podido dominar su fogosa naturaleza; pero no eres para Cristina sino un severo juez. Su infancia no fue mas que un prolongado tormento, y lejos de acostumbrarse á las privaciones, ama mas que nunca el aire y la libertad; sale al amanecer, considera esta casa como una jaula de hierro que la oprime, y tus esfuerzos para contenerla son impotentes é inútiles. Hermano mio, quiere un poco á tu hija para que te obedezca. El afecto es la fuerza mayor que se puede emplear, despues que todas las demás han fracasado. ¿Por qué impides á esta criatura, que tanto ama la vida, el casarse con el hombre que adora? Herbert, el estudiante, unido en otro tiempo á tu casa de comercio, no es rico, y su casamiento no seria nada brillante; pero ellos se aman, y esto basta.

Mr. Van Amberg continuaba paseándose por la sala, pero al oír esto se paró y respondió friamente:

—Cristina no tiene mas que quince años, y creo no hacer otra cosa que cumplir con mi deber, poniendo un freno á las locas pasiones que han venido á turbar su razon en medio de su temprana edad. En cuanto á lo que llamais desigualdades de afectos, vos mismo habeis tenido cuidado de motivarlas en los inconvenientes del carácter de Cristina. Hermano mio, vos que reconvenís á los demás de que son jueces implacables, tened cuidado de serlo tambien. Cada cual obra segun sus luces interiores, y hay pensamientos que se deben callar. Apurad el vaso, Guillermo, y despues que hayais concluido de fumar esa pipa no empeceis otra. No os hablaré hoy de nuestros negocios, porque es tarde, y no tengo gusto para ello; no nos ocupemos mas de lo pasado. Quiero estar solo algunos instantes; dejadme y decid á Mad. Van Amberg que baje aquí dentro de un cuarto de hora.

—¿Por qué no la llamas Anunciacion, lo mismo que antes, ¿por qué no la das ya su hermoso nombre?

—Decid á Mad. Van Amberg que quiero hablarle, y dejadme solo, Guillermo,—replicó con fuerza Mr. Van Amberg.

Guillermo, temiendo ya haber dicho demasiado, se levantó y se fué. Al pie de la pequeña escalera de madera que conducía á los cuartos de arriba, Guillermo titubeó un instante sobre el camino que debía tomar, mas luego se decidió á subir, y se fué á buscar á Anunciacion al cuarto de Cristina. Era este una pequeña habitacion muy estrecha y muy limpia, adornada con algunos jarrones de flores, unos rosarios colgados de un Cristo de madera, y una cama muy blanca; una guitarra (la de su madre) estaba pendiente de un clavo en la pared. Desde la ventana se dominaba toda la pradera, y se veían los sauces y el río. Cristina se hallaba sentada al pie de su cama, llorando todavía, y su madre estaba junto á ella, con una tacia de leche y un pedazo de pan en la mano, que Cristina regaba con sus lágrimas. Anunciacion besaba los ojos de su hija, y luego, sin que ella lo viese, enjugaba sus propias lágrimas.

Guillermo entró, se paró algunos instantes en el umbral de la puerta, y miró con emoción el cuadro que se presentaba á su vista.

Allí estaban esas dos mujeres, una de ellas hermosa ya y la otra que lo era todavía, ambas tan semejantes que la una parecia ser el retrato de la juventud de la otra: la hija lloraba como la madre, y parecia comenzar de nuevo los mismos padecimientos, y Guillermo, testigo de las lágrimas, pero no confidente del sufrimiento, se enternecia, buscando en vano un remedio para tantos males.

—¡Oh!—esclamó por fin cubriéndose los ojos con una mano,—si yo me hubiese casado, habria querido ver á mi lado caras alegres; habria querido ver á mi mujer contenta y bien adornada con una hermosa diadema de oro y de perlas en la frente, para ir á divertirse á las fiestas de las *Kermeses*; habria querido oír cantar á mi hija todo el día, y que mi casa fuese

una morada de gozo y de placer. ¡Ah! pobrecitas mías, tened valor; acabo de trabajar en vuestro favor, he hablado estensamente de vosotras á mi hermano; y aunque no he obtenido ninguna respuesta; he sembrado en su corazón algunas buenas palabras que darán sus frutos como el buen grano que se siembra en la tierra: acaso el día de mañana será mas venturoso que el de hoy: esperemos con ánimo y paciencia lo que nos guarda el cielo.

—Guillermo, hermano mio,—hablad á mi hija que no sabe orar ni obedecer,—respondió Anunciacion,—su corazón se ha vuelto rebelde y sus lágrimas serán infructuosas porque ya amenaza y murmura. Preguntadla, hermano mio, que quién le ha dicho que la vida se parece á la felicidad y que estamos en la tierra para ser dichosos? Decidla cuales son sus deberes, dándole fuerzas para cumplir con ellos.

—Vuestro marido os llama, hermana mia; yo me quedaré aquí con Cristina y la hablaré.

—Voy allá, voy allá,—respondió Anunciacion, y dicho esto se acercó al espejo de la chimenea, humedeció sus ojos para borrar las señales de sus lágrimas, se apretó el corazón con sus manos para detener sus latidos, y cuando vió que su rostro no expresaba mas que el sosiego y el silencio, bajó la escalera con des-pacio.

Anunciacion entró en la sala en donde su marido se paseaba lentamente, y se quedó en pie junto á la puerta como esperando las órdenes de su marido. La fisonomía de Mr. Van Amberg estaba mas severa y sombría que nunca.

—¿Estais segura de que nadie nos oye?—la preguntó.—¿Nos hallamos enteramente solos?

—Enteramente solos,—respondió Anunciacion llena de asombro.

Mr. Van Amberg continuó su paseo, y permaneció algunos instantes sin añadir una palabra mas. Su mujer con la mano apoyada en el respaldo de un sillón, esperaba en silencio que tuviese á bien seguir la conversacion: por último se detuvo en frente de ella y la dijo:

—Estais educando muy mal á vuestra hija Cristina; no teneis ningun cuidado de ella. ¿Sabeis por casualidad á dónde va y qué es lo que hace?

—A Cristina le gusta desde que era niña,—contestó pausadamente Anunciacion,—el vivir al aire libre y correr por los campos, su salud es muy delicada y necesita un poco de sol y libertad para fortalecerse. Hasta ahora no habeis puesto el menor reparo en que viviera así, y por eso creí que no habia inconveniente en dejarla llevar la vida que la agrada, pero si hoy pensais de otro modo, ella obedecerá.

—Estais educando muy mal á vuestra hija,—repitió friamente Mr. Van Amberg:—y acabará por deshonorar el nombre que lleva!

—¿Qué decís?...—esclamó Anunciacion, y sus mejillas se enrojaron de súbito, y sus ojos brillaron un instante como dos ascuas encendidas.

—Tened cuidado, porque ya sabeis que mi nombre debe ser respetado; sé muy bien todo lo que pasa en mi casa: vuestra hija sale de ella secretamente en busca de un hombre con quien no quiero que se case y esta mañana á las seis, abajo en la pradera, estuvieron juntos los dos.

—¡Hija mía! ¡hija mía!—esclamó Anunciacion con la mayor angustia.—No, no, Cristina es inocente, y siempre lo será: yo me colocaré ante el mal y ella, yo salvaré á mi hija. Cristina culpable, no, estoy aquí yo. La cogeré en mis brazos, la taparé los oídos con mis manos para que no oiga las malas palabras, y la diré: hija mía, sé inocente y honrada toda tu vida, si no quieres verme morir.

Mr. Van Amberg miró con ojos impasibles esta efusion de dolor maternal: Anunciacion, ante aquella mirada de hielo, se quedó confundida de su agitacion, y tratando de calmarla al punto, con las manos juntas, el pecho acongojado y los ojos humedecidos de lágrimas que no queria dejar correr, repuso con voz contenida:

—¿Estais bien seguro de lo que decís?

—Ya sabeis que nunca acuso á nadie sin estar bien seguro,—respondió Mr. Van Amberg, y al cabo de un instante de silencio, continuó.—Vais á encerrar á Cristina en su cuarto y me traereis la llave: quiero que permanezca así algun tiempo para que piense y reflexione un poco. En esa reclusion prolongada perderá ese amor desenfrenado de movimiento y libertad que la conduce al mal, y en el silencio de una completa solédad, se calmarán sus tumultuosas ideas. Nadie entrará en su cuarto, solo Gothon para llevarla el alimento necesario, y vendrá á buscar aquí la llave. Esto es lo que he resuelto que se debe hacer.

Mad. Van Amberg se quedó parada en su puesto; muchas veces entreabrió los labios para hablar, pero la faltó el valor para ello; por último se adelantó algunos pasos y dijo á media voz:

—Pero, yo... yo... podré ver á mi hija.

—He dicho que nadie,—respondió Mr. Van Amberg.

—Entonces se va á volver loca, sola, sin ningun apoyo. La hablaré un lenguaje severo, creedme, fiaos en mí, pero permitidme que la vea una vez al día nada mas. Se puede poner mala de pesadumbre, y nadie lo sabrá, porque Gothon no la quiere nada. Por piedad, dejadme que vea á Cristina, aunque no sea mas que un minuto, un instante cada día!

Mr. Van Amberg se detuvo, y fijando en su mujer una mirada que la hizo retroceder, respondió:

—No me hagais añadir una palabra mas, porque no quisiera decirla; no discutais conmigo: nadie entrará en el cuarto de Cristina; ¿lo entendeis?

—Obedeceré,—respondió Anunciacion.

—Subid á comunicar mis órdenes á vuestra hija, y luego, á la hora de comer, me traereis aquí la llave: podeis marcharos.

Mad. Van Amberg reunió todas sus fuerzas para echar á andar, temiendo caer á los pies de su marido. Por fin, apoyándose en los muebles que encontraba al paso, salió del aposento, y al poner el pie en la escalera se encontró con Wilhelmina y María que bajaban una tras otra cantando.

Al ver á su madre, ambas se callaron, y distinguiendo en su rostro las señales de un profundo dolor cuya causa ignoraban, permanecieron inmóviles como dos pájaros asustados. Anunciacion las llamó hácia sí, las estrechó contra su corazón y las dijo, inundando de lágrimas sus dos rubias cabezas.

—Sed siempre dichosas, hijas mías: quiera Dios que riáis y canteis toda la vida.

Y luego, separándose de ellas, procurando simular una sonrisa, subió al cuarto de Cristina.

Wilhelmina y María entraron en la sala temblorosas aun, y se acercaron á su padre, que estaba en pie apoyado en la chimenea, con el rostro oculto en una de sus manos, sin ver ni oír lo que en su derredor pasaba. Ambas jóvenes permanecieron silenciosas á su lado, hasta que al cabo de algunos minutos de profundas reflexiones Mr. Van Amberg alzó la cabeza, y pasando su brazo en torno de la cintura de María le dió un beso en la frente: sus labios tocaron los cabellos húmedos aun con las lágrimas de Anunciacion; Mr. Van Amberg retrocedió é interrogó á su hija con una mirada.

—Es mi madre que acaba de besarnos,—respondió la joven.

Mad. Van Amberg se fué en derechura al cuarto de Cristina, á quien halló sola, sentada á los pies de su cama y desfallecida con tantas lágrimas como habia vertido. Su lindo rostro, á veces tan enérgico, tenia entonces una expresion de abatimiento tan profundo, que era imposible mirarla sin conmoverse. Sus largos cabellos caían en desorden sobre sus hombros algun tanto morenos: e iba doblegada sobre sí misma, y tenia á sus pies un rosario que se le habia caído de su mano entreabierta, porque habia tratado de obedecer á su madre y ponerse á rezar, aunque sin haber logrado otra cosa

que deshacerse en un amargo llanto. Encima de una mesa se veía una manteleta negra mojada aun con la lluvia de por la mañana, distinguiéndose entre los pliegues de la seda algunas pequeñas hojas de los sauces, que Cristina consideraba con amor y tristeza, pareciéndola que un siglo había ya transcurrido desde que había visto salir el sol en el río, junto á los árboles y junto á la barca de Herbert. Su madre se acercó á ella pausadamente.

—Hija mia, —le dijo quedándose en pie delante de ella, —¿dónde estuviste esta mañana antes de despuntar el día?

Cristina fijó los ojos en su madre, y se quedó callada. Anunciación repitió su pregunta, y entonces, deslizándose desde la cama al suelo, y poniéndose de rodillas á los pies de su madre, contestó:

—Estuve sentada en el tronco de uno de los árboles del río, al lado de la barca de Herbert.

—¡Cristina! —esclamó Mad. Van Amberg, —¿con que es verdad?... ¡Oh, hija mia! ¿cómo has podido desobedecerme hasta ese punto, cómo has podido olvidar así mis consejos y mis lecciones? ¡Cristina, no pensabas en mí cuando te atreviste á cometer tan culpable acción!

—Herbert me decía: ven, nos casaremos, te amaré siempre, serás libre y dichosa; todo está dispuesto, ven, huyamos; y yo le respondí: «No quiero separarme de mi madre.» Madre mia, vuestra memoria fue mi salvaguardia; solo ella me impidió el marcharme con Herbert, aun cuando hubiera sido un crimen: no he querido separarme de mi madre.

El rostro de Anunciación resplandeció con un relámpago de alegría. «¡Gracias, Dios mio!» murmuró, y tendiendo una mano á su hija arrodillada, para levantarla, la hizo sentar junto á ella, diciéndola:

—Vamos á ver, Cristina, ábreme tu corazón; dime tus pensamientos todos: hablemos juntas de tus faltas, y tengamos confianza en el por-



Antonio de Léiva.

venir. Vamos, Cristina mia, no me calles nada, habla.

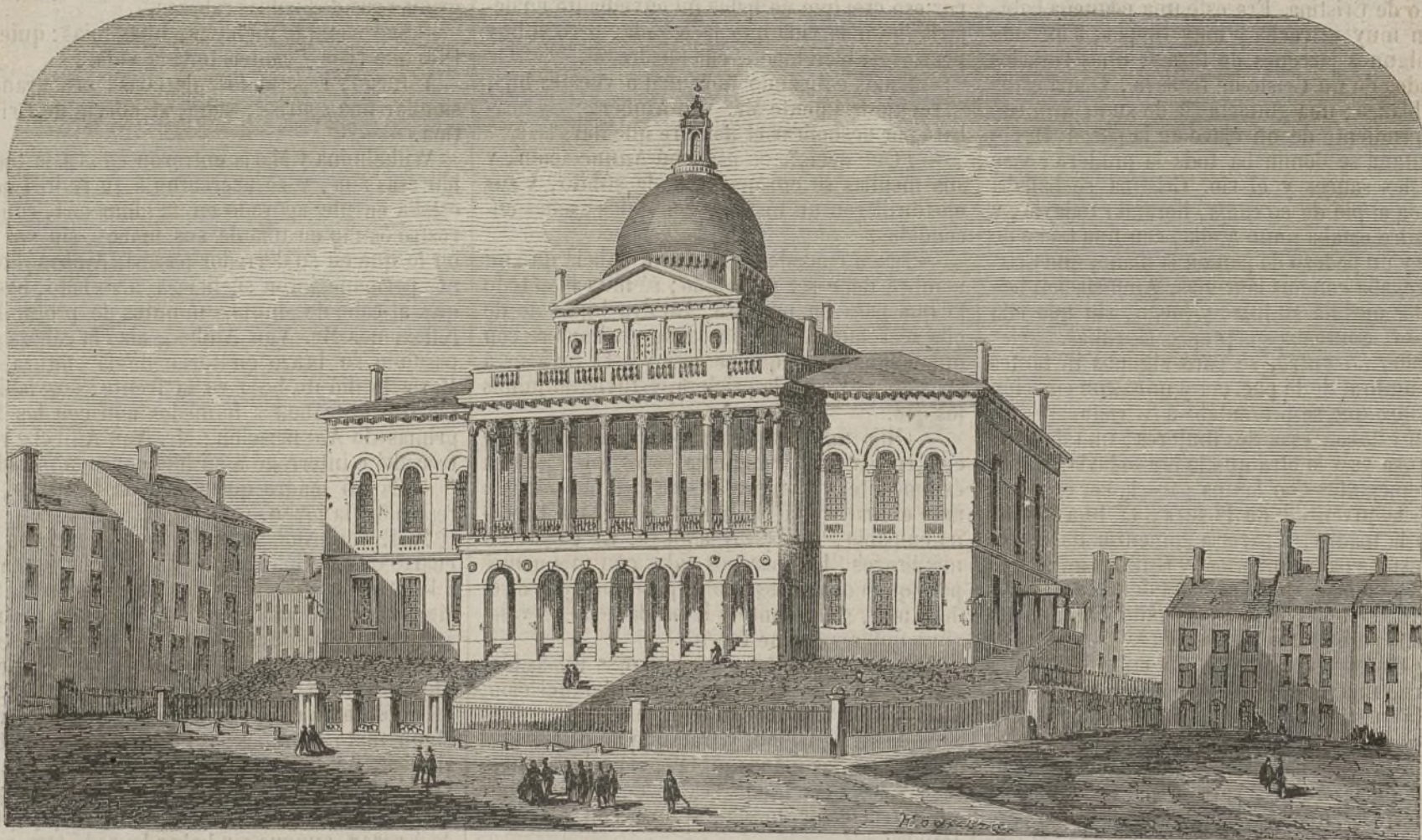
Cristina recostó su cabeza en el hombro de su madre puso una de sus pequeñas manos entre las suyas, suspiró profundamente como si hubiera tenido el corazón demasiado oprimido para poder hablar, y por último, dijo estas palabras como mucha pena y fatiga:

—Madre mia, no tengo nada que decirles que ya no sepais. Amo á Herbert: vos que habéis seguido mi vida paso á paso, conocéis muy bien que debo amarle; su corazón ha sido el que primero se ha abierto en este mundo para mí. Reflexionad un poco, madre mia, en la existencia que he llevado en esta casa. Siendo niña aun, dije una vez á mis hermanas; venid

á correr conmigo por la pradera, vamos á cojer nidos de pájaros, vamos á jugar y á cantar todas juntas, y mis hermanas me respondieron: «Anda sola» quedándose sentadas á la puerta, dando vueltas al torno para hilar. No jugué yo tampoco mucho tiempo, nada me gustaba en la tierra; me puse á mirar el cielo, y le vi bien hermoso, sobre todo cuando se cubría con todas sus estrellas; un indecible bienestar gozaba mi alma al contemplarlas, y me parecía que el cielo estrellado poseía un encanto tan silencioso que no podía disfrutarse de él sino en una completa inmovilidad.

Entonces me dirigí á vos, madre mia, como antes lo había hecho á mis hermanas, para decirles: miremos juntas al cielo, esas estrellas que vemos desde aquí, son otros tantos mundos donde se está tan triste como aquí lo estamos! ¿O son tal vez paraísos donde irán á descansar nuestras almas? Y vos me respondisteis: No pienses nunca en eso, Cristina; ponte á hilar al torno como tus hermanas. Solo una voz en la tierra me dijo: Yo iré donde tu vayas; tus ilusiones serán las mías; como tú, veo que en este mundo no se ama lo bastante, y te he elegido, Cristina, para amarte. Herbert me dijo

esto, madre mia. Herbert no es mas que un pobre estudiante que confiaron á mi padre, pero tiene un noble corazón, un poco triste, como el mio: sabe mucho, y nunca es orgulloso con los que nada saben; es pobre, sí, pero tan altivo como un rey; por último, me quiere, y no lo dice sino á mí, á mí que tanto lo sé! Madre mia, amo á Herbert... Mi padre se sonrió con desden cuando le pidió noblemente mi mano, y desde entonces no ha vuelto á entrar en casa, y desde entonces he debido vivir sin verle... pero esto no es posible, no, esto no puede ser. ¡Cuánto he rezado con vuestro rosario madre mia! Como os he visto muchas veces llorar y rezar al mismo tiempo, me dije para mí: puesto que lloro yo también, también



Palacio en la ciudad de Boston.

debo rezar como mi madre; pero una vez al despuntar el dia distinguí á lo lejos una barquilla que bajaba el rio, y que luego le volvía á subir para bajar de nuevo; de tiempo en tiempo una vela blanca se veía en el aire como se azita un pañuelo en señal de despedida cuando alguno se marcha: nunca dejo de pensar en Herbert, nada extraño es que me acordara de

él al distinguir la barca; eché á correr por la pradera, llegué á orillas del agua, madre mia!... Herbert estaba allí contando con que yo iria, y esperándome!... Cosas bien tristes nos hemos dicho sobre la pesadumbre de vivir separados; yo no podía verle sino de lejos, su barca se columpiaba debajo de mis pies... mucho hemos hablado asi perdiendo algunas palabras con el

ruido del viento entre las hojas, aunque quedándonos aun las suficientes para prometernos y jurarnos mutuamente que nos amaremos hasta acabar la vida. Esta mañana, Herbert, desanimado y sin esperanzas de obtener un cambio en nuestra situacion se empeñó en que le siguiera; hubiera podido hacerlo, y preferí quedarme aquí... ¡ por vos, madre mia... todo



Modas del mes de Setiembre.

lo sabéis ya; si he cometido un crimen, perdonadme.

Mad. Van Amberg escuchó con la mayor emocion las palabras de su hija. Con la frente baja, inclinada la cabeza sobre el pecho, Anunciacion habia ocultado á Cristina todo el daño que le estaba haciendo, porque temia cortar con una palabra ó un ademán cualquiera, la confianza que se iba escapando de sus labios. Cuando la jóven acabó, Anunciacion se quedó profundamente absorta en sus reflexiones; la pobre madre conocia que el corazon de Cristina necesitaba dulces lecciones y afectuosos consejos, en vez de la severa sentencia de su padre que debía agravar el mal, viéndose condenada, junto á su hija enferma, á no poder darle los socorros que acaso la salvarian. Por último, fijando en Cristina una larga mirada impregnada de tristeza, y respondiendo á sus pensamientos mas bien que á su hija que la escuchaba, exclamó:

—¿ Con que tanto le quieres ?

—¡ Oh madre mia!—respondió Cristina,— ¡ le quiero con todo mi corazon, con toda mi alma! Esperarle, verle y acordarme de él, esa es toda vida. Creo que nunca podré espesar hasta qué punto mi corazon le pertenece. Muchas veces pienso en morir por él, no para salvarle la vida, eso es muy fácil y natural, sino en morir inútilmente, por nada, mandándome él.

—Calla, hija mia, calla, me haces estemecer de miedo,—esclamó Anunciacion poniendo sus dos manos sobre los labios de su hija.

(Se continuará.)

LA CIUDAD DE BOSTON.

Hoy que la atencion de Europa se halla concentrada en las grandes cuestiones políticas y sociales que debaten por medio de cruelísima

guerra en el Nuevo Mundo, se hace indispensable tener noticia de la mayor ó menor importancia de las ciudades de los Estados Unidos, en donde tienen lugar tan graves acontecimientos.

Boston es una ciudad marítima, capital del estado Massachusets, á 180 leguas N. E. de Washington, situada en una península, en el fondo de la Bahía de Massachusets, que comunica al continente por un pequeño istmo. Su puerto tiene el aspecto de una media luna, ofreciendo un bello aspecto y puede contener quinientas embarcaciones, pero el único canal bueno para entrar en él es tan estrecho, que apenas pueden pasar dos buques de frente.

Boston, edificada sobre varias colinas, se divide en tres barrios que son: el del Norte, el del Sur, y el del Oeste ó el Nuevo Boston. Hay en esta ciudad algunas buenas calles, y la mayor parté de edificios se distinguen por su arquitectura sencilla pero bella, entre otros

Sattehouse, ó palacio del Estado, de que reproducimos aquí la vista de su parte exterior, *Cocr-house*, los teatros, la cárcel, la casa de caridad, etc.; siendo sin disputa el mejor adorno la plaza de Franklin, cuyo famoso sábio nació en dicha ciudad. La población de Boston asciende á unos 30,000 habitantes, y hace un comercio considerable, poseyendo fábricas de lonas, naipes, sombreros, papel, tabaco, loza, etc. Comunica por medio de puentes con las pequeñas ciudades de Cambridge y Charlestown.

EL CAPITAN ANTONIO DE LEIVA.

El nombre de este valeroso español se halla unido al recuerdo de uno de los mas grandiosos sucesos de la historia militar de nuestra patria, á la defensa de la importante plaza de Pavia, y hasta la del mismo nombre en la que quedó prisionero de guerra el célebre monarca de Francia Francisco I. Hé aquí la relacion de este importante acontecimiento.

Finalizadas las turbulencias interiores, é igualmente la guerra de Navarra, se vió empeñado el emperador Carlos V á emprender otra nueva contra el rey de Francia Francisco I, el cual se declaró desde luego su competidor; y no contento con habérsele opuesto, aspirando al cetro imperial, ni con favorecer las miras de Enrique de Labrit sobre Navarra, hizo revivir sus pretensiones al ducado de Milán, despojando violentamente de él á Francisco de Esforzia. Se unió don Carlos con el pontífice Clemente VII, sucesor de Adriano, á fin de arrojar á los franceses de Italia, y despues de reportar las armas españolas muchas victorias en aquella obstinada guerra, se terminó esta con la célebre batalla dada en 24 de febrero de 1525, junto á los muros de Pavia, plaza que tenia sitiada Francisco I, y defendia el esforzado capitán Antonio de Leiva. Al animoso esfuerzo y denuedo de este valiente se debió la aproximacion de las tropas del emperador al lugar del conflicto. Comandados los españoles por el marqués de Pescara, el cual se hallaba adornado de un sublime talento y pericia militar, derrotaron completamente á los franceses a pesar de ser estos superiores en número, y de haber hecho prodigios de valor animados con la presencia de su mismo soberano, quedando este prisionero de guerra, igualmente que Enrique de Labrit y otros caudillos, y los restos de su destrozado ejército huyeron precipitadamente de Italia. El nombre del de Pescara resonó por todas partes, pero no menos lleno de gloria quedó el del valeroso Antonio de Leiva.

Temió Italia que Carlos se apoderase de ella, pues poseyendo ya á Nápoles, Sicilia, Cerdeña y el Milanésado, y teniendo en su poder al rey de Francia, no habia quien se le opusiese, pudiendo decirse que era dueño de la mayor y mejor parte de Europa. Por lo tanto las potencias de Italia procuraron la libertad de Francisco valiéndose al efecto de los medios viles de la traicion y la fuga: mas la fidelidad de otro insigne español, don Pedro de Alarcon que le custodiaba, desvaneció todas sus tentativas. Entonces fué preciso transportar al ilustre prisionero á España, siendo conducido á Madrid con el decoro que correspondia, si bien el emperador le concedió al fin la libertad con ciertas condiciones que por cierto no se cumplieron.

LOS MONOS SAGUINOS.

Mr. Geoffroy Saint-Hilaire ha dividido el órden de los Monos en dos grandes razas, los *Catharrininos* ó Monos del Antiguo Mundo, y los *Platirrhininos* ó Monos de América. Estos últimos se distinguen tambien en *Helopithecus* ó Monos de cola prehensil, en *Geopithecus* ó Monos de cola no prehensil, que son nuestros Saguinos, y en fin, en *Aretopithecus* ó *Vistitis* y *Tamarinos*. Estos tres grupos americanos se

hallan, pues, circunscritos en sus atributos generales.

Los Saguinos se distinguen de todos los demás Monos de América por sus costumbres. Su cola no prehensil no podria servirles para balancearse sobre las ramas y saltar de árbol en árbol en las selvas; de modo que de su conformacion se derivan inmediatamente las privaciones de este medio de conservacion, y por esto se han visto obligados á buscar asilos en las zarzas; en las sinuosidades del suelo que apenas abandonan, y en las concavidades de los peñascos, de donde procede el nombre de *Geopithecus* que les dió Mr. Geoffroy. Estos Monos por su cabeza redonda parece que han recibido una gran dosis de inteligencia; sus ojos organizados para la vision nocturna parecen justificar que jamás tienen mas firmeza que por la tarde y al acercarse la oscuridad, y que permanecen ocultos de dia en el asilo que habitan. Su rostro comunmente corto, forma un ángulo de sesenta grados; las ventanas de la nariz están abiertas por los lados, sus mandíbulas presentan seis muelas, y en fin, la larga cola que los distingue no parece tener ningun objeto que les sea útil. Mr. Geoffroy Saint-Hilaire los divide en dos secciones segun las modificaciones que ofrece el hueso incisivo ó intermaxilar que contiene los dientes tambien incisivos. Así se espresa este hombre docto en sus lecciones.

«El incisivo se dirige hácia adentro, ó bien por reflexion hácia afuera. Vuelto hácia adentro como en todos los otros Monos, los dientes son paralelos y contiguos, y la membrana de las ventanas de la nariz es mas angosta que la fila de los dientes incisivos. Si el intermaxilar es al contrario, prolongado y saliente hácia afuera ó hácia adelante, los incisivos se apartan de los colmillos, y la membrana de las ventanas de la nariz es mas amplia que la anchura de la fila de los incisivos.»

Los monos que representa el grabado adjunto son *saguinos con collar* y han sido descritos por primera vez en el año de 1809 por el conde de Hoffmansegg, en una compilacion alemana de historia natural. Le llamó *Callithrix torquata*: sus caracteres son pelo en general pardo castaño, amarillo por debajo con un semicollar blanco y la cola un poco mas larga que el cuerpo. Su carácter es dulce y sus gestos graciosos. Su patria es el Brasil.

MODAS Y CONVERSACIONES DE SALON.

El viaje de la familia real de España á las provincias andaluzas es la conversacion del dia, es lo que sirve de tema á los artículos de todos los periódicos, y á la animacion de todas las tertulias, porque las tertulias vuelven á animarse. La fresca temperatura del mes de setiembre ha motivado la dispersion de los centros veraniegos creados en Valencia, en Alicante, en San Sebastian, en Santander, en Barcelona. Al propio tiempo la curiosidad ya está satisfecha en Lóndres: todos los que habian ido á visitar la famosa esposicion, regresan ya á sus hogares, contando y refiriendo anécdotas sobre la gravedad de los cocheros ingleses, y sobre la perversidad de las comidas, ó sobre los defectos de la esposicion y el mal acierto de las cosas de España. Así es que los amigos vuelven á verse y á estrechar su mano, confiándose mutuamente sus episodios de viajes, sus aventuras y sus desengaños. Pero como los recuerdos de viaje se borran con la misma rapidez con que se gasta el dinero que los viajes cuestan, de la conversacion acerca de lo que se hizo ó se ha hecho, venimos á parar á lo que se hace ó tenemos que hacer, y hé aquí el motivo por qué despues de haber hablado de Lóndres y de baños y de travesías y de giras campestres ó de buenos ó malos servicios de ferro-carriles, venimos á parar al viaje de la familia real de España, verdadero acontecimiento para los pueblos de Andalucía. Se levantarán arcos triunfales, se celebrarán espléndidas funciones, saraos, ban-

quetes, revistas, regatas, etc., y en unas y otras cosas se logrará un bien inestimable para los países sensatos como el nuestro, á saber el darse á conocer y ama se mutuamente los reyes y los pueblos; aquellos por su benevolencia, su virtud y su espléndez, estos por su fidelidad, su honradez y cordura.

No por esto la veleidosa moda ha cesado un punto en acariciar improvisados caprichos.

La misma anarquía que ha reinado entre la sociedad elegante respecto de los puntos á donde debia pasarse el verano, reina en los trajes de campo, en los de sociedad y de baile. Los vestidos de tafetan gris-perla adornados con ovalos de raso blanco ó morado y ondas de blonda negra, los vestidos de foulard color verde claro ó mahon, con volantes bajos y anchurosos y tiras de terciopelos formando diversos dibujos, los vestidos de tafetan rosa, azul y verde adornados con encajes, con volantes ú ondas, ribetes, bullones ó volantitos; tales han sido los que mas aceptación han tenido entre las bellas, y siguen en boga como decretados por la moda para todo el mes de setiembre. Para traje de baile han llamado la atencion por su gracia y coquetería los vestidos de tarlatana blanca bullonada, con faldas adornadas con bullones de crespon color de rosa ó azul en forma de zis-zags, y un lindo ramo de flores al pie de cada uno: cuerpo escotado con flores sobre los hombros y en el peto, con esharpe-emperatriz, desde el hombro izquierdo. Una corona de rosas con largas caidas completa el adorno tan nuevo como interesante.

Tambien están conformes con las mas refinadas exigencias de la moda los vestidos de tafetan verde ó rosa, con bolantes de crespon del mismo color en la parte inferior de la falda, con cuerpo escotado y de peto, con berta cruzada por delante y redonda por detrás, rodeando la cintura con ancha cinta de tafetan con largas caidas hácia un lado. Los adornos de cabeza son generalmente flores á disposicion ó bien guirnaldas en forma de corona, si bien para los paseos de campo y á orillas del mar son indispensables los sombreros redondos, de los cuales los de la mañana son de paja blanca ó negra con plumas de dos colores ó un ramo de flores, cintas de terciopelo negro y velete negro; los de vestir son de finisima paja de Italia ó de crin blanca, forrado de tafetan blanco, azul ó rosa, con pluma y velete blancos.

Como muy elegante para traje de sociedad recomienda un periódico de Paris un vestido de tafetan gris perla, con falda está adornado en el bajo, encima de cada paño, con un óvalo de raso blanco rodeado de blonda negra. El cuerpo está abierto por delante, y de un borde á otro de la abertura, cruzan unos rizados de tafetan blanco con blonda negra en ambos bordes. Al rededor del escote tiene este lindo vestido una especie de cuello chal, figurado por bullones de tul de ilusion, colocados formando abanico y separados unos de otros por rizados de cinta gris muy estrecha; una magnífica blonda termina esta especie de cuello. Las mangas, de hechura á lo Enrique IV, están formadas en la parte superior por bullones de tafetan gris, cortados de trecho en trecho por medio de un óvalo de tafetan blanco; á partir desde la sangría, las mangas están cortadas lisas, y se adornan con bullones de tul mas anchos por arriba que por abajo; las mangas terminan por un puñito formado por una tira de blonda.

En cuanto á los abrigos, a n cuando lo avanzado de la estacion, imide la creacion de nuevos modelos, diremos que el *saut en barque* sigue siendo adoptado por todas las clases de la sociedad, no solo para negligé sino tambien para trajes esmerados. Las manteletas de muselina, y las de tela igual á los vestidos gozan tambien de grande aceptación. En abrigos de seda, los mas elegantes son de gró negro, que indican ligeramente el talle, sin caer demasiado, y que están adornados con una pelerina de encaje ó de gró terminada en este último

caso por unas bellotitas de pasamanería. Como muy elegante, citaremos una echarpe recta de gró negro, adornada todo alrededor con una tira de tafetan violeta y sobre ella terciopelitos negros cruzados; al borde de esta tira lleva cosido un volante de encaje negro.

ADELA.

SUSPIROS DE AMOR.

BALADA.

I.

Cuando el sol llega á Occidente
y plega la flor su broche,
cuando se inclina tu frente
sobre la almohada luciente
porque ha cerrado la noche;
¿no sientes sobre el albor
de tu rostro encantador
algo de arrullo y rocío...
fresco, puro, alhagador?
pues es un suspiro mio.

II.

Cuando el alba plateada
su cabellera preciada
estiende desde el Oriente
y orla de fulgor la almohada
donde descansa tu frente;
¿no sientes, niña, en tu lecho
de azucena, leve frio
que pasa raudo, deshecho?...
pues es un suspiro mio,
otro suspiro del pecho.

III.

Cuando sola algun momento
te encuentras en tu aposento
en las tardes de verano
y vaga tu pensamiento
ya del cielo al Océano;
¿no sientes sobre tu sien
sútil soplo abrasador?
pues eso, mi dulce bien,
es un suspiro de amor
que te dirijo tambien.

IV.

Y si suspira por tí
siempre mi alma amorosa
¿por qué no me quieres, dí?
¿por qué no tienes ¡oh rosa!
sino espinas para mí?

BENITO VICETTO.

EL VENENO DE LOS SALVAJES.

De la corteza de la raíz del *estricno*, arbusto que trepa hasta la cumbre de los árboles mas altos, en los bosques vírgenes de Java y en Borneo; los habitantes del archipiélago malayo sacan un violento veneno llamado *upas tjettek*, *radja*, con el cual envenenan la punta de sus flechas. Se ha confundido este veneno con otra sustancia llamada *pohon upas*, que suministra á los javaneses el jugo del *antiaris venenosa* (*antiaris toxicaria*), perteneciente á la familia de las artocarpeas; los dos venenos no son de la misma naturaleza, y su acción sobre la organizacion animal se diferencia mucho; lo único que tienen de comun, es que introducidos en la circulacion, destruyen rápidamente la vida. El arbusto del *tjettek* presenta la particularidad de que no sale jugo ninguno por las incisiones que se hacen en su corteza, y si se corta el tronco transversalmente, el leño deja caer gota á gota una agua clara é insípida, enteramente inofensiva; por el contrario, la corteza de la raíz, contiene un líquido venenoso, rojizo, acuoso, fácilmente estíptico y nauseabundo. Así se prepara este veneno, no por incisiones hechas en el tronco como el *pohon upas*, sino por decoccion de la raíz; sin embargo, el principio deletéreo existe tambien en

las semillas, y aunque en menor proporcion en la corteza del tronco y de las ramas. Blume ha observado que el *tjettek* es mas *fijs* que el *pohon upas*, y que se le puede conservar mucho tiempo sin que pierda su energía, lo cual se explica por el modo de prepararle, y la naturaleza alcalina del principio á que debe sus propiedades. Si el *tjettek* se diferencia en composicion del *pohon upas*, no se diferencia menos en su acción; el extracto de la raíz del *strychnos tieute*, aplicado sobre una herida, lejos de estimular la acción de los vasos absorbentes, la paraliza por el contrario, y no penetra en la circulacion venenosa, sino cuando se le ha mezclado con materias escitantes, tales como la pimienta ó el jugo de jengibre; mientras que el jugo del *antiaris* obra con tanta energía cuando está puro, como mezclado con aromas. No obstante, el *tjettek*, absorbido por las venas, altera mas violentamente el organismo que el *pohon upas*, dirigiendo principalmente su acción sobre los nervios; á los pocos minutos de introducido, y despues de haberse anunciado con vértigos y ligeras convulsiones, determina un choque sobre todo el sistema nervioso, ocasionando sacudidas terribles que contraen los músculos, cuya rigidez persiste mas ó menos tiempo, y produce lo que en medicina se llama *tétanos*. La flojedad alterna en un principio con esta rigidez, pero muy pronto se suceden rápidamente las convulsiones tetánicas, mas violentas, mas dolorosas y mas prolongadas; las mandíbulas se aprietan; la cabeza se tuerce sobre la columna vertebral, y los miembros se ponen tiesos. En los intervalos de reposo, el menor ruido, el mas ligero contacto despierta los dolores y las convulsiones; por último, la rigidez se hace permanente y se apodera de todos los músculos; los del aparato respiratorio son invadidos á su vez, y la respiracion no se verifica sino por movimientos cortos y raros; el corazon mismo se ve oprimido por estos espasmos, y sus pulsaciones le hacen cada vez mas imperceptibles: á estos fenómenos sucede la insensibilidad, el estupor y la muerte. El *pohon upas* obra sobre la circulacion; impide toda la masa de la sangre hácia los pulmones, y la vida se estingue despues de los esfuerzos inútiles que hace el organismo para repeler á aquel agente que le sofoca. El *tjettek*, tomado interiormente, no es menos venenoso, aun en cortas dosis, ya sea en estado de simple extracto, ya mezclado con aromas; pero obra con mas lentitud que cuando penetra en el cuerpo por la absorcion venenosa. Los animales envenenados por el *tjettek*, introducido en el aparato circulatorio, no presentan alteracion alguna en sus órganos digestivos y respiratorios, pero el cerebro ofrece señales de una violenta inflamacion; además, el cerebelo y la médula espinal se hallan fuertemente congestionados; si por el contrario ha sido tomado interiormente, el cerebro está menos afectado que los nervios de la médula espinal, pero el estómago y los intestinos se hallan inflamados. La preparacion de este veneno es un secreto conocido únicamente de algunos javaneses, que se le transmiten por sucesion sin revelarles nunca á los extraños; el veneno le conservan en estuches hechos de raíz de bambú ó le mezclan con sangre de drago, y le arrollan en palillos. Otras dos especies de *estricnos* producen otro veneno análogo, el *curare* que los indigenas americanos de las orillas del Orinoco, del lupura, del rio Negro y de los bosques de Surinam, usan igualmente para envenenar sus flechas; para prepararle mezclan el jugo de la corteza con pimienta, coca de Levante y otras plantas acres, y le guardan en vasijas de barro. Se asegura que esta sustancia no es venenosa sino cuando se ha introducido en la sangre, a que se puede tragar sin peligro; lo que es cierto es que los químicos no han encontrado en ella álcali cristalizabile.

LA IGLESIA DE LA MAGDALENA EN PARÍS.

La iglesia de la Magdalena construida al extremo occidental de los bulevares y en el eje

de la plaza de la Concordia, ha pasado por muchas vicisitudes antes de llegar al estado en que se encuentra hoy. En un principio no era mas que una capilla de cofradía que se fundó en los años de 1493.

Esta capilla erigida en parroquia en 1639 fue bien luego muy pequeña para la poblacion del arrabal que se iba aumentando de dia en dia, tanto que en 1660, Ana María Luisa de Orleans puso la primera piedra de la iglesia mayor que subsistió en la esquina de las calles de Surenne y de la Magdalena hasta 1795, época en que fue vendida como propiedad nacional, para ser demolida.

Mucho tiempo antes de esta época el cura párroco de la Magdalena se habia quejado repetidas veces de la pequeñez y pobreza de su iglesia, pero estas reclamaciones no obtuvieron ningun resultado en un principio, hasta que pasados algunos años se encargó el levantamiento de planos á Mr. Constant d'Ivry, arquitecto del rey, quien presentó varios, y aun se quejó de que se hubiese elegido entre ellos el peor. En efecto, el 3 de abril de 1764 se puso la primera piedra, trabajándose en la obra con asiduidad hasta que vino la revolucion de 1789, que puso un término, como hemos dicho, á los trabajos bastante adelantados á la sazón.

Por último, Napoleon que queria eternizar sus victorias asi como el nombre de sus generales y de su ejército, dió un decreto imperial en el campamento de Pósen, el 2 de diciembre de 1806, para elevar un *Templo de la Gloria* sobre las construcciones que habian quedado en pie. La idea de Napoleon era que se aprovechase lo mas posible de lo que existia, debiendo adornarse el templo con las estatuas de los mariscales de Francia y de sus primeros generales, é incrustar en sus paredes medallones de oro, plata, bronce y mármol, para inscribir en ellos las acciones mas notables de sus tropas.

Sin embargo, Mr. Vignon, el arquitecto á quien se confió la obra, destruyó todo lo que habian hecho sus antecesores, y principió á construir su templo griego llamado de la Gloria, hasta que sobrevino la vuelta de Luis XVIII en 1814.

Ya se habian levantado las columnas del peristilo, cuando la Restauracion, que no abundaba en las ideas de gloria de Napoleon, dió orden á Mr. Vignon para que aquel monumento se devolviese al culto, es decir, se convirtiese su templo en una iglesia.

Por fin la iglesia se terminó en 1842, habiendo costado mas de 13.000.000 de francos. El edificio tiene la forma de un templo griego, con 100 metros de largo sobre 43 de ancho; su altura menor es de 30 metros 30 centímetros. El basamento presenta una elevacion de 4 metros. Este inmenso paralelógramo se halla rodeado de columnas de orden corintio de 15 metros de altura. Una ancha escalera de un aspecto monumental conduce al peristilo, en el que son dobles las columnas, y que sostiene un fronton obra de Lemaire, de 38 metros de largo. Debajo se lee la siguiente inscripcion:

D. O. M. SUV. INVOC. S. M. MAGDALENÆ.

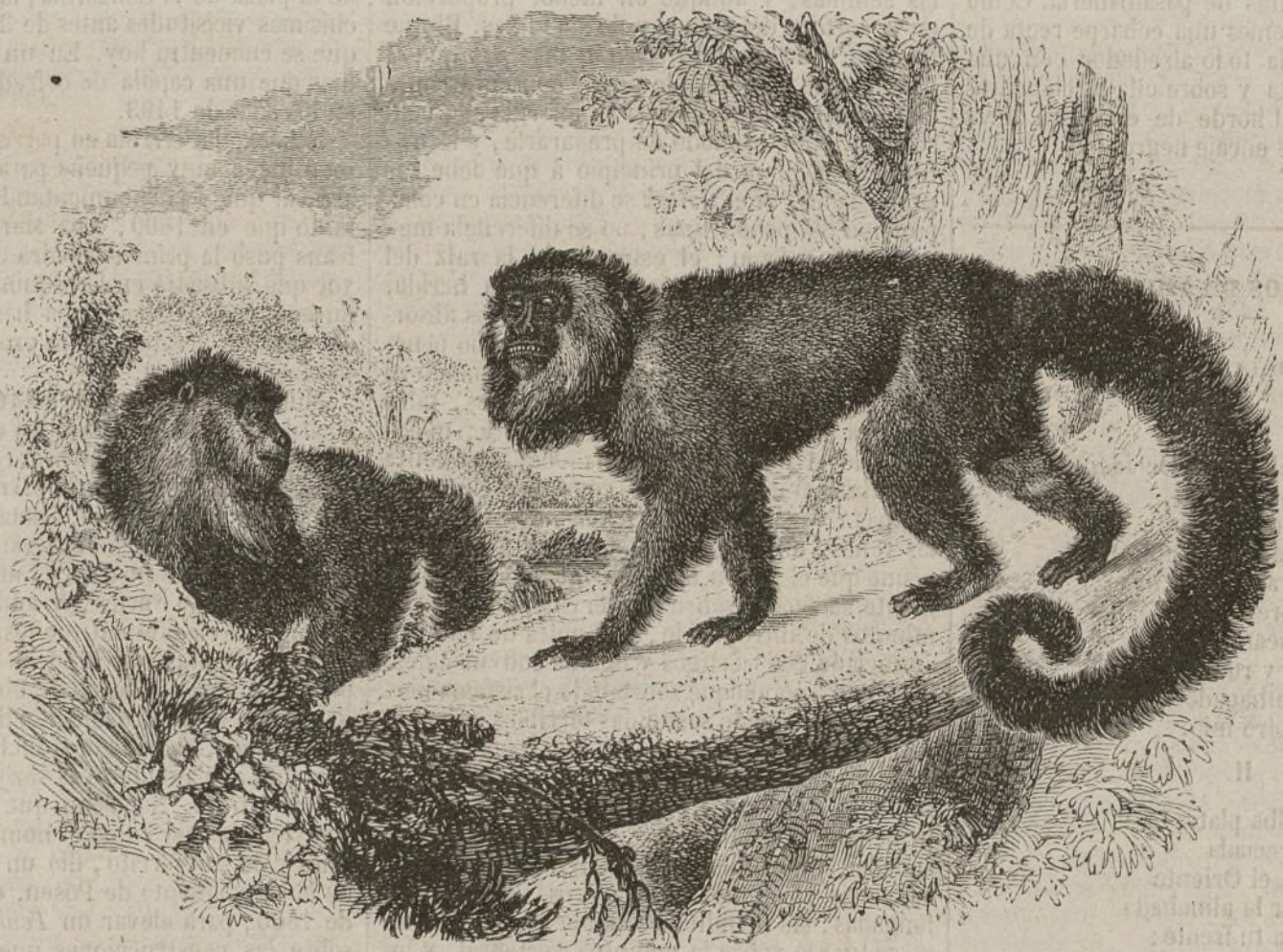
(Al Dios omnipotente, bajo la invocacion de Santa Magdalena.)

El fronton representa el *Juicio final* y es la mas vasta de las composiciones de este género. Jesucristo, que tiene cerca de 6 pies de altura, está de pie separando á los justos de los malvados; á su derecha hay un ángel con una trompeta, y á su izquierda está Santa Magdalena prosternada.

Detrás del fronton del Norte se encuentra un espacio reservado para las campanas.

Bajo el peristilo hay dos estatuas, San Felipe y San Luis, y en los nichos practicados en las paredes exteriores del edificio, entre las columnas, se cuentan 32 mas que representan á los Santos mas venerados en Francia, todas de ejecucion moderna.

Merecen particular mencion las puertas de bronce cubiertas de escenas bíblicas modeladas por Riquetti.



Saguino de collar.

El aspecto interior de la iglesia es deslumbrador por las pinturas y dorados que le cubren; todo es de mármol, y la luz entra de arriba por las aberturas practicadas en la bóveda.

En la capilla de los casamientos, á la derecha de la entrada, hay un grupo de mármol del célebre Pradier, que representa el casamiento de la Virgen; y la capilla de los bautismos posee una escultura de Rude, que figura el bautizo de Jesus por San Juan.

Las seis capillas restantes tienen cada una la estatua del Santo que las patrocina y un cuadro con un episodio de la vida de Santa Magdalena.

A la derecha, en la primera están: Santa Amalia y la Conversion de la Magdalena; en la segunda el Salvador y Santa Magdalena al pie de la Cruz, y en la última Santa Clotilde y la Magdalena orando con los ángeles.

A la izquierda se encuentran: en la primera San Vicente de Paul, y la Comida en casa de Simon el fariseo; en la segunda la Virgen y los ángeles anunciando á Santa Magdalena la resurreccion del Señor, y en la última San Agustín y la Muerte de la Magdalena.

Marochetti ha esculpido para el altar mayor un soberbio grupo de mármol que representa á la Magdalena arrebatada al cielo por los ángeles, y que costó 150,000 francos. Detrás del altar mayor hay una pintura de Ziegler sumamente complicada. Uno de los asuntos principales es la Magdalena que está á los pies de Cristo perdonada ya y rodeada de los apóstoles y los evangelistas. Entre los numerosos grupos que se destacan en esta inmensa pintura, se notan á la derecha de Jesus: San Luis de ro-dillas, Godofredo de Bullon, Ricardo Corazon de Leon, el dux Dandolo, etc., y un grupo de la guerra de la Independencia de la Grecia. A la izquierda están el Judío errante, Carlo Magno, el papa Alejandro III bendiciendo á Barbaroja, Juana de Arco, Rafael, Miguel Angel y el Dante. En medio se hallan Eurique IV conver-

tido al catolicismo, Luis XIII, Richelieu y finalmente Napoleon recibiendo la corona de manos de Pio VII: todo este mundo de figuras forma una alegoría de la propagacion del cristianismo.

CANTARES.

Hay manchas que ciertos hombres
Tan solo con sangre lavan,
Sin ver en su ceguedad
Que á veces la sangre mancha.

No vayas, compañerita,
A buscar agua á la fuente,
Que si resbalas y caes
Se enturbiará la corriente.

AUGUSTO FERRAN.

NOTICIAS Y CURIOSIDADES.

No menos de 4,051 periódicos se publicaban en la Union en 1860, á saber: 3,242 políticos, 298 literarios, 277 religiosos y 234 mercantiles, satíricos, de anuncios, etc. En 1850 solo se publicaban 2,526, habiendo por lo tanto, aumento en un 60 4/10 por ciento. Este aumento es todavía mas notable en la circulacion total de dichos periódicos, pues ascendiendo en 1850 á 426.409,978 ejemplares, llegó en 1860 á 927.951,548, ó 117 6/10 por ciento mas.

La Servia es rica en producciones variadas. Tiene estensos bosques, en que abundan los pinos y los robles, entre otros árboles. La vid produce en algunas laderas de montañas vinos muy espirituosos. El maiz, el trigo, el mijo, proporcionan muy buenas cosechas, aunque la agricultura se halla en un estado de atraso lamentable. Espórtase tabaco, lino y cáñamo;

vénse poblados bosques de manzanos y cerezos, pero los pastos son el producto que mas importancia da á la Servia: la vida pastoril agrada especialmente á sus habitantes, que conducen los numerosos rebaños de ganado vacuno ya á las montañas, ya á los valles, segun la diversidad de estaciones. Espórtanse anualmente 260,000 cerdos estimados en 15.600,000 francos, y es sin duda alguna el mas considerable artículo del comercio de exportacion que ofrece un total de 17 á 18.000,000 de francos. Cázase el camello en sus elevadas montañas; las liebres, que echan durante el invierno un pelo largo y suave, les suministran con sus pieles un excelente abrigo; en fin, abundan tambien los lobos, los osos y los linceos.

La poblacion de los Estados-Unidos, que en 1790 solo era de 3.929,827 almas, habia subido á 5.305,925 en 1800, dando un aumento de este decenio 36 5/10 por ciento; en el siguiente aumento 33 1/10 por ciento, pues llegaba la poblacion á 9.638,132; el mismo aumento 33 5/10, tuvo en el descenso inmediato, ascendiendo en 1830 á 12.866,620; segun el censo de 1840, contaba la Union 17.069,453 habitantes, es decir, que hubo un aumento de 33 7/10 por ciento, el cual fué de 35 9/10 en 1850, por cuanto la poblacion llegó á 24.191,876. Finalmente, segun el censo de 1860, habia en los Estados-Unidos 31.749,282 habitantes, ó sea el 35 6/10 por ciento mas que en 1850. El aumento total de la poblacion desde 1790 hasta 1860 ha sido de 700, 16, 100 por ciento.

La poblacion de 1860 está clasificada así: Blancos, 26.965,775; libres de color, 488,005; esclavos, 3.953,760; indios, etc. 8751; total, 31.749,281.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.